

Cortés perdona, oh Claudio, el referirte
De mis escritos bárbaros la copia;
Pero puedo sin propia
Alabanza decirte
Que no es mínima parte, aunque es exceso,
De lo que está por imprimir, lo impreso.

Débenme á mí de su principio el arte,
Si bien en los preceptos diferencio
Rigores de Terencio,
Y no negando parte
A los grandes ingenios tres ó cuatro
Que vieron las infancias del teatro.

Pintar las iras del armado Aquiles,
Guardar á los palacios el decoro,
Iluminados de oro
Y de lisonjas viles,
La furia del amante sin consejo,
La hermosa dama, el sentencioso viejo.

Y donde son por ásperas montañas
Sayal y anjeo, telas y cambrayes
Y frágiles tarayes,
Paredes de cabañas,
Que mejor que de pórfido linteles
Defienden rayos jambas de laureles.

Describir el villano al fuego atento,
Cuando con puntas de cristal las tejas
Detienen las ovejas,
O cuando mira exento
Cómo de trigo y de maduras uvas
Se colman trojes y rebosan cubas;

*¿A quién se debe, Claudio? ¿Y á quién tantas
De celos y de amor difniciones?*

*¿A quién exclamaciones?
¿A quién figuras, cuantas
Retórica inventó? Que en esta parte
Es hoy imitación lo que hizo el arte.*

Ya está de suerte trivial la senda,
Que á todos el asunto facilita,
Porque la copia escrita
Es fuerza que se venda,
Pero esto sin negar á los modernos
Aquel honor que los construye eternos.

III

Hemos visto las líneas generales trazadas por Lope al arte dramático; veamos ahora de qué manera modeló esa inmensa materia con el poderoso cincel de su imaginación. El campo de la acción quedó de tal suerte ensanchado que pudo darse á ésta un desarrollo que no hubieran consentido los estrechos límites marcados por el compás clásico, de donde resultó que las comedias escritas conforme á los cánones del *Arte nuevo* hayan sido con exactitud calificadas de «novelas dramáticas.» Pocos son por lo demás, los resortes que ponen en movimiento la máquina, movimiento que se produce más por la complicación de los sucesos que por la influencia activa de los personajes, de lo cual depende que éstos, en la infinita variedad de situaciones en que pueden hallarse, mantienen en el fondo unidad de fisonomía inalterable. Los galanes, las damas, los re-

yes ó príncipes, los criados, etc., son copias calcadas sobre tipos bien definidos, que entran, por otra parte, como piezas integrantes de un sistema completo. El galán, por ejemplo, será valiente, apasionado, celoso, intransigente en cuestiones de honra, respetuoso sin límite al soberano, y sin que por un momento quepa en su alma la sombra más leve que empañe su fe religiosa. El criado es el complemento indispensable de esa figura céntrica del cuadro: confidente fiel y desinteresado de su amo, le aconseja, inventa medios para sacarle de apuros, y si es necesario le defiende, tomando parte activa en los lances peligrosos que suelen ofrecerse. Su naturaleza prosaica, realista, forma perpetuo contraste con el alma soñadora y quijotesca del galán, lo cual es origen inagotable de un gracejo más ó menos ingenioso pero que á veces peca de inoportuno, echando á perder situaciones serias y patéticas. Las damas se alzan á grande altura por lo tierno de sus sentimientos; son á veces fáciles, ligeras, provocativas é intrigantes, mas saben mantenerse á raya en las situaciones graves que afectan á la honra, y rara vez hay que reprocharles algo que rebaje ó envilezca la dignidad de la mujer. La criada es para la dama lo que el criado para el galán; tercia en sus amores, la inspira, la ayuda, y forma con el primero una intriga amorosa y caricaturesca que acaba generalmente en matrimonio. El barba (padre, tío, tutor) es siempre el guardián celoso de su familia: rico ó pobre, noble ó labriego, jamás consentirá nada que

pueda manchar su honor; nada que disminuya ese tesoro moral superior á todas las riquezas y bienes mundanos. En los altos personajes hay que distinguir al monarca, de los ricos homes, que abusando de su autoridad daban rienda suelta á las más bajas pasiones, atropellando sin miramiento los derechos de sus vasallos. Para el primero, cuyo poder tenía que luchar con una nobleza turbulenta y arbitraria, profesa Lope un respeto, una veneración profunda, porque ese poder era el escudo del pueblo, contra la presión de señores nada escrupulosos siempre que se trataba de satisfacer sus desordenados apetitos. Los demás personajes secundarios, campesinos, cortesanos, etc., ofrecen cierto aire de familia que los distingue fácilmente de los otros.

Con una psicología dramática tan sencilla no parecería posible producir más que un número limitado de composiciones; pero la gran fecundidad de Lope consiste principalmente en el modo de combinar la acción, de conducirla por una serie de peripecias que mantienen despierta la atención del espectador. Puede decirse que en este punto no tiene ni ha tenido rival. Tal vez ninguno de los preceptos formulados en el «*Arte nuevo*» fué mejor observado, lo cual revela por sí sólo el altísimo genio dramático de Lope. Esa riqueza de invención se estrecha á veces en los cuadros naturales á que tenía que sujetarse; pues el desarrollo del argumento suele tomar tales proporciones que con dificultad cabe en el molde ya bastante amplio en que se le ha vacia-

do. De aquí procede que no es raro notar que la acción que camina desembarazada en los dos primeros actos, es decir, en la exposición y el nudo, al llegar al tercero se precipita, forzando el desenlace con perjuicio de la verosimilitud. A la misma causa hay que atribuir las licencias harto excesivas en lo que se refiere á las unidades de lugar y de tiempo. No ya de un acto á otro tiene que suponerse un cambio de sitio ó un espacio más ó menos considerable, sino con frecuencia de escena á escena, viéndose al mudar la decoración realizados hechos que apenas habían sido iniciados y que necesitarían siquiera algunas horas para efectuarse.

El depurado gusto de Lope no podía transigir con los vicios que invadieron y se propagaron de modo lastimoso en el extenso campo de la literatura española, y así le vemos como esforzado paladín luchar en pro de la razón y del arte contra los lamentables extravíos que acabaron por avasallar á los mejores ingenios. Lope no pierde ocasión de satirizar aquella bárbara epidemia; casi no hay pieza suya en que no le enderece algunos dardos de ingeniosa burla, pero donde se ve claramente lo que sentía sobre este particular, exponiendo, aunque en términos breves, justísimas observaciones sobre lo que constituye el verdadero lenguaje poético y los falsos oropeles que lo bastardean y corrompen; es en el interesante opúsculo que lleva por título: «*Respuesta á un papel que escribió un señor de estos reinos en razón de la nueva poesía.*» Lo que allí asienta es

tan claro y tan puesto en razón, que puede considerarse como suma de atinadas observaciones, que á la vez revelan su clarísima inteligencia y su exquisita cultura. «A muchos, dice, ha llevado la novedad á este género de poesía, y no se han engañado, pues en el estilo antiguo en su vida llegaron á ser poetas, y en el moderno lo son en el mismo día; porque con aquellas transposiciones, cuatro preceptos y seis voces latinas ó frasis enfáticas se hallan levantados á donde ellos mismos no se conocen, ni aun sé si se entienden. . . . Todo el fundamento de este edificio es el transponer, y lo que le hace más duro es el apartar tanto los adjuntos de los substantivos, donde es imposible el paréntesis, que lo que en todas causa dificultad la sentencia, aquí la lengua Los tropos y figuras se hicieron para hermosura de la oración; estas mismas Aftonio, Sánchez Brocense y los demás las hallan viciosas, como los pleonasmos y anfibologías, y tantas maneras de encarecer, siendo su naturaleza adornar. . . . Y engañase quien piensa que los colores retóricos son enigmas, que es lo que los griegos llaman *scirpos*; perdónenme los que lo saben, pues que son pocos, que hasta una palabra bien podemos traerla siendo á propósito. Pues hacer toda la composición figuras es tan vicioso y indigno, como si una mujer que se afeita, habiéndose de poner la color en las mejillas, lugar tan propio, se la pusiese en la nariz, en la frente y en las orejas; pues esto, Señor Excelentísimo, es una composición llena destos tropos y figuras, un rostro co-

lorado á manera de los ángeles de la trompeta del juicio ó de los vientos de los mapas, sin dejar campos al blanco, al cándido, al cristalino, á las venas; á los realces, á lo que los pintores llaman encarnación. . . .»

En prueba de lo que asienta, cita Lope ejemplos de faltas cometidas por algunos poetas notables, tal como se ve en los siguientes versos:

De Juan de Mena:

A la moderna volviéndose rueda,
Divina me puedes llamar providencia.

De Garcilaso:

Una extraña y no vista al mundo idea.

De Hernando de Herrera:

Y le digo señora dulce mía.

Y por último, este pasaje del mismo Juan de Mena: «Y no quiere cesar ni cesa de volar fasta pasar el Cáucaso monte, que es en las sumidades y en los de Etiopia fines, allende del cual la fama del romano pueblo se falla no traspasase, según en el de *Consolación*, Boecio; pues ¿cómo podrá conmigo más la pereza que no la gloria del dulce trabajo? Ó ¿por qué yo no posporné aquesta por las cosas otras, es á saber, por colaudar, recontar y escribir la gloria del tanto señor como aqueste? Mas esforzándome en aquella de Séneca palabra, que escribe en una de las epístolas por él á Lucilo enderezadas, etc.»

Es evidente que quien tales principios profesaba

debió conservarse ileso de la invasión culterana que con sobrada razón critica; y en efecto, aunque alguna vez se resintiera Lope, de la pésima influencia que le rodeaba, pues no hay naturaleza harto vigorosa que logre sustraerse por completo de la atmósfera física ó moral que respira, puede decirse que su estilo se distingue por lo claro, fácil, natural, de tal suerte que no se necesita de grande esfuerzo para comprenderlo, ni mucho menos para asimilarse con delicia la verdad y frescura de los sentimientos que expresa.

Ahora, limitándonos á su teatro, hay que distinguir dos puntos de vista: el cómico y familiar, y el grave y apasionado. El primero no puede ser más llano y sencillo; lo que él dice en versos admirables no llegaría á escribirse mejor en la prosa más desnuda de adornos retóricos; pero cuando se eleva la situación, cuando los sentimientos se desbordan ó la reflexión filosófica surge espontánea, entonces se desata con pasmosa intemperancia la vena poética; los tropos, las imágenes se precipitan y se agrupan en el bello desorden de la oda, encumbrándose el lenguaje á las más altas regiones del lirismo. Esto que será objeto de censura para quienes exigen del estilo dramático una sobriedad realista, constituye sin embargo bellezas positivas, que no se pueden oír sin emoción y que se admiten de buen grado por más que se consideren poco adecuadas á la verosimilitud absoluta; pudiéndose decir de ellas lo que Lamartine de los excesos poéticos del Tasso, son polvo de oro sobre un diamante.

Por lo que llevo dicho puede verse que el sistema teatral de Lope contiene transacciones hechas á sabiendas con el gusto dominante de su época, y que explican las exageradas licencias que él mismo condena, pero á favor de las cuales pudo crear el teatro español, imprimiéndole tal sello de originalidad, que al través de las evoluciones literarias verificadas durante tres siglos, se ha conservado y conserva en sus rasgos fundamentales. En efecto, Lope creó el verdadero diálogo, sin que sea posible superarle en este punto; pues los mejores que hoy se escriben tienen que seguir los modelos inmortales que él dejó. La sencillez del clasicismo transpirenaico pasó como planta exótica que no encuentra terreno favorable para arraigar; y cuando se presentó como una novedad el moderno romanticismo, los dramaturgos españoles no hicieron más que volver á la pauta establecida por el Fénix de los ingenios, con modificaciones que la diferencia de tiempos exigía, pero que no alteraban su naturaleza y su fondo. La tragicomedia resurgió entonces con el simple nombre de drama; los reyes y los altos personajes descendieron del olimpo en que la escuela clásica los tenía relegados; lo cómico se mezcló con lo patético y sentimental; la variedad de metros reapareció con sus largos parlamentos de sabor lírico, y lo complicado de la trama, los efectos teatrales, calculados para dejar viva impresión al final de los actos, recuerdan los preceptos del *Arte nuevo de hacer comedias*.

El teatro de Lope, y por ende el de los que sigue-

ron sus huellas, tiene además un mérito excepcional que le hace particularmente atractivo, y es el de reflejar con pasmoso colorido la vida y el carácter de la sociedad española de su tiempo. Allí se ve de bullo y animado lo que en vano se buscaría en los historiadores: las costumbres, las preocupaciones, los ideales de aquel pueblo que había logrado extender su raza y su dominación en las vastísimas regiones del Nuevo Mundo.

De nadie pudo mejor decirse que el poeta es la encarnación de su época, que asimilándose las aspiraciones sociales, las devuelve depuradas con las bellas formas que les presta su genio; nada puede por lo mismo ser más exacto que las palabras que el Sr. D. Agustín Durán supone que Lope dirigió al pueblo español al presentarle su drama: «He aquí tu poema; he aquí la verdadera creación que debes continuar para ser sublime, para ser original é independiente; porque esta obra, aunque salida de mis manos, es propia tuya, porque se ha formado de tus leyes, tus costumbres, tu saber, tus gustos, tus sentimientos, tus creencias, y, en fin, de tu propia sustancia. Tú fuiste el mármol que contenías la imagen de la belleza; yo el artista cuya inteligencia comprendió dónde estaba oculta y cuyo cincel la despojó de su corteza; tú fuiste el diamante; yo el que lo labró é hizo competir en brillo con el sol.»

Por lo demás, esto que como queda dicho constituye un altísimo mérito, puede explicar también cómo ese tesoro inagotable de bellezas rara vez visita

la moderna escena. Para gozar de un espectáculo teatral, preciso es que el auditorio se encuentre en comunión de ideas y sentimientos con la obra que se representa, pues de lo contrario, es seguro que no podrá comprender ni por consiguiente sentir acciones y afectos que tal vez en su ignorancia califique de absurdos. Entre la sociedad actual y la de los siglos XVI y XVII, median diferencias profundísimas que han cambiado por completo los diversos puntos de vista. El absoluto respeto á la autoridad real, que rayaba en culto religioso, mal podría despertar emociones serias en pueblos trabajados por el genio revolucionario que ha acabado por desgarrar y hacer pedazos la púrpura y la corona de los monarcas. Las sencillas creencias religiosas que dominaban sin rival en espíritus sometidos incondicionalmente á la autoridad de sus maestros y directores, hallarían un choque repulsivo en la negación y en la duda que agitan á las inteligencias modernas. Los principios morales que reposaban entonces sobre cimientos solidísimos, quedando al abrigo de toda discusión, hoy tendrían que sucumbir ante ese infatigable análisis que nada respeta, y que reduce á problemas las que para nuestros antepasados eran verdades indiscutibles. Por último, los conocimientos científicos que en aquellos tiempos se imponían con el rigor de dogmas, hoy serían recibidos con desdeñosa sonrisa por el estudiante menos aprovechado de nuestras escuelas.

Queda, sin embargo, el aspecto humano, el juego

complicado de las pasiones que en todas épocas se siente y se comprende porque recibe alimento y vida de la naturaleza psíquica del hombre. El amor, el celo, la ambición, así como la piedad, la abnegación, el sacrificio provocarán siempre emociones verdaderas y profundas, sean cuales fueren las formas pasajeras de que se revistan conforme al medio social en que se produzcan; y este solo aspecto, que no es de seguro el menos importante de la obra del gran dramaturgo, basta para hacer vivir y comprender tales obras sin necesidad de recurrir al auxilio de la erudición histórica. Por lo demás, creo no equivocarme al decir que día llegará, y quizá no esté lejos, en que el nivel general de la ilustración suba lo bastante, para apreciar en todo lo que vale ese caudal artístico, hoy casi relegado al olvido; para ver reanimados en las tablas aquellos galanes aventureros y valientes, aquellas damas apasionadas y traviesas; en que el oído se acostumbre de nuevo á deleitarse con aquel lenguaje conceptuoso y correctísimo; en que el raudal de poesía allí encerrado venga á avigorar la imaginación hoy estragada con los abusos de un realismo intemperante, y en que la figura colosal de Lope vuelva á ocupar el grandioso pedestal que le erigió la justa admiración de sus contemporáneos.¹

¹ El unánime entusiasmo con que el público de Méjico saludó la representación de algunas piezas de Lope, Calderón de la Barca, Alarcón, Tirso de Molina y Moreto, puestas en escena por la Compañía de María Guerrero, prueba con toda evidencia que las obras maestras del antiguo teatro español tienen esa vitalidad imperecedera que acompaña á las producciones del genio, y que se ahonda y robustece en vez de amenguarse con el transcurso de los siglos. De justicia es aña-